

*Entrevista con Manuel Felguérez*

# Privilegios de la madurez

Pilar Jiménez Trejo

*Manuel Felguérez (Valparaíso, Zacatecas, 1928) cumple este diciembre ochenta y cuatro años de edad, y su pasión por explorar las infinitas posibilidades que le ha dado ser un artista abstracto sigue siendo su inevitable punto de partida para crear. Como pintor, escultor o muralista, su imaginación está regida por un concepto geométrico donde el orden y el desorden son metamorfosis de libertad y disciplina con las que ha logrado una obra única que se cierra sobre sí misma.*

“Una de las características del arte abstracto es precisamente lograr un arte puro, donde el tema quede al margen y no haya ningún elemento de referencia. La obra se busca en la forma, la textura, el color y la composición, y hasta que está terminada, es el propio cuadro el que sugiere su nombre. Algo similar al nacimiento de un hijo, al que se le nombra una vez que se conoce”, refiere Felguérez, al resumir su trabajo creativo.

*Felguérez nos recibe sentado casi al centro de su nuevo estudio que construyó en su casa al sur de Ciudad de México, un espacio límpido y blanco con ventanales orientados al norte. El espacio ha sido diseñado con mecanismos de movilidad que le permiten subir o bajar cuadros grandes, facilitando los movimientos físicos al artista.*

“Estoy estrenando estudio”, nos comenta a Rogelio Cuéllar y a mí, mientras nos sirve una pequeña taza de café.

“Lo hice especial para cuadro grande, porque con la edad cada vez me cuesta más trabajo realizar pinturas de estas dimensiones, así que es un estudio especial para viejo. Las ventanas dan al norte para que entre mejor la luz, que es un elemento importantísimo en el trabajo de un pintor, y más aún en el del escultor, porque se modela con luz; ella da el color, y si el sol penetra de manera directa lo deformaría haciéndolo amarillo”, asegura con la voz ronca que le ha derivado su gusto por fumar pipa con tabaco de habano.

*Así Felguérez logra comenzar sus cuadros de día, ver el color con luz natural, y seguir “maniobrando” su obra con luz eléctrica, pues sus más de seis décadas de fiel creador abstracto le otorgan ahora libertades que sólo se alcanzan con el compromiso incesante y la madurez.*

“Estoy muy consciente de la edad que tengo, y la edad me da otros privilegios. Me ofrece la libertad de seguir haciendo y ‘perfeccionando’, en medida de lo posible, lo que siempre he hecho. Me da una oportunidad de mayor reflexión, y de más tiempo dedicado al trabajo.

“Cuando eres joven pierdes el tiempo con una facilidad total: participas en manifestaciones, haces teatro, vas de excursión o turismo; en cambio en la madurez cuando tienes conciencia de tu edad, sabes que si bien te va, vivirás unos diez o quince años más, y te haces prudente del tiempo. Ahora procuro centrarme en mi producción plástica, ya no me gusta distraerme en otras cosas”, afirma.

*En su casa de la Ciudad de México, Felguérez pasa la mayor parte del día trabajando en su estudio, pensando, resolviendo cada obra.*

“Cada vez dedico menos tiempo a actividades como la lectura, porque he decidido concentrarme en mi trabajo, sobre todo en la pintura, que es más exigente que la escultura. Paso siete u ocho horas diarias pegado a la tela, poniendo y quitando. Si me *picara* con un libro, como lo hacía antes que podía no dormir por estar leyendo, se me iría el día de trabajo. Leo todos los días, pero solamente una o dos horas.

“El escritor más reciente que he leído es el japonés Haruki Murakami. Ahora estoy releendo a Joseph Conrad y su *Freya, de las siete islas*. Leo muy poca literatura nueva. Busco a los autores que me gustan y los libros que me faltan por leer, o vuelvo a los que ya conozco y se me antojan porque sé que me van a encantar. Lo mis-

mo me pasa con el teatro, antes iba mucho, pero ahora solamente voy si se trata del estreno de un amigo, algo que sucede una o dos veces al año. Al cine casi no me da tiempo de ir porque termino de pintar a las nueve o diez de la noche y a esa hora es imposible encontrar funciones. Eso es algo que hago cuando viajo, porque aquí en México no da tiempo de nada.

“Me horroriza ser turista, sin embargo, viajo mucho y lo hago siempre conectado a una de mis exposiciones. O si me voy a Nueva York, donde tengo un estudio, pues allí pinto. Si me voy a Vallarta, donde tengo una casa con otro estudio, me pongo a trabajar, no me voy a asolear. Es decir, no me importa el lugar donde estoy porque el trabajo continúa. Además, tengo que dedicar parte del tiempo a la difusión de mi obra, pues el arte no existe si no lo ve nadie; necesita espectadores. Por eso me meto en el lío de las exposiciones, no es la parte bonita, pero es un pago necesario”.

*Obsesionado por el trabajo, el esfuerzo le ha dado frutos. Ahora mismo se expone obra suya en París, Francia, y en el Centro Nacional de las Artes, de la Ciudad de México; ninguna es retrospectiva, son muestras de su trabajo de los últimos veinte años, una selección que realizó con la ayuda de su inseparable mujer: Mercedes Oteyza.*

*Recién llegado de París, adonde viajó para inaugurar su exposición, Felguérez se refiere a esta ciudad como central en su formación; en 1947 fue el sitio que eligió para comenzar a trabajar como artista:*

“Desde que a los diecinueve años decidí que quería dedicarme al arte pensé que tenía que ir a apren-

der a París. Allí estudié dos años con el escultor Sadkine, que es mi maestro de pila. Después me vine a México, expuse por primera vez, me dieron una beca y me regresé otros dos años a París. A lo largo de la vida he expuesto varias veces allá y tengo buenos amigos. La última vez que pasé un periodo en París fue porque decidí rentar por ocho años un pequeño estudio en la elegante Isla Saint Louis, que en la esquina tiene a Notre-Dame.

“Pero París como México; es un cambiadero constante. El París que yo recuerdo del 47 era gris, pobre y la gente era muy solidaria. Te metías al Museo de Louvre cada vez que querías, y ahora si quieres entrar tienes que hacer una cola de dos cuerdas y más de dos horas, ya ni dan ganas de ir. Esta cosa del turismo y el comercialismo, las calles llenas de ambulantes por todos lados, le ha quitado magia y encanto a las ciudades”.

*Uno de sus amigos de juventud que ahora vive en París es Alejandro Jodorowsky, ¿lo ve cuando va allá?*

Ve a amigos pintores que se quedaron para siempre. Y a Jodorowsky desde que se fue a París lo veo un ratito cuando viene a México, pero no soy seguidor. Alejandro es muy impositivo, es como si fuera el mesías: o lo sigues, estás en su tribu o no existes. Claro que lo admiro muchísimo y mi tiempo de trabajo con él es de lo más nostálgico en mi vida, los *happenings* y las películas que hice con él, como *La montaña sagrada*, fueron importantísimos en mi vida, pero ya en plan de tarot y tomarlo como gurú, ya no puedo.



Manuel Felguérez en su estudio, 2011

© Rogelio Cuellar

*En su primer viaje a París con Jorge Ibarguengoitia, cuenta que descubrió su vocación siendo casi ya un adulto. Seguramente antes había algo que lo hizo interesarse en la pintura.*

Antes era un estudiante de prepa y estando allí mi inclinación era hacia la medicina, las ciencias biológicas. Ese viaje a París fue después de la prepa, como *boy scouts*; íbamos sin dinero y cuando llegamos a Europa, lo único gratis eran las iglesias y los museos. En París entré a Notre-Dame y allí fue enorme mi emoción estética con los vitrales y el arte gótico, no era una emoción religiosa. Cuando regresé decidí que me iba a dedicar al arte.

*¿Pero reconocería antecedentes artísticos en su infancia?*

Soy de una hacienda en Zacatecas, soy güero de rancho, y a mi familia como hacendados lo que les interesaba era la agricultura y la ganadería; la hacienda estaba cerca de un área de toros bravos y caballos que recuerdo muy bien. Mi padre murió cuando yo tenía ocho años y de artes plásticas no sabía nada; me fui enterando de qué era el arte hasta la preparatoria, por cultura general. En la hacienda no había pinturas, pero siempre en la familia hubo alguna tía que pintaba, porque la gente no tenía que hacer, entonces el que no tocaba un instrumento pintaba, o de perdida leía. Pero nunca imaginé lo fuerte que sería mi reacción al encontrarme dentro de una obra de arte. Incluso Ibarguengoitia narra en al-

guno de sus textos que estando en París de pronto hice un dibujo y le dije: “Mira, soy pintor”, la anécdota fue que tuvo el privilegio de ver nacer una vocación.

*Eran dos scouts con inclinación intelectual...*

Sí, y luego pertenecemos a toda una generación, pues en el grupo estaban Juan y Fernando García Ponce, Rodrigo Moya, compañeros todos que de alguna manera estaban en la cultura. Nos empezó a gustar mucho la música, íbamos a la sinfónica los domingos a Bellas Artes. Fue una generación, que a los pintores nos hicieron llamar *La Ruptura*, y en cierto sentido así fue, pero siento que más bien fue una apertura en México debido al nacionalismo que imperaba. Fuimos un cambio generacional. Por ejemplo, dentro de la preparatoria, está Carlos Fuentes, no como compañero de banca, pero sí en otro salón; me tocó ser bastante amigo de Juan Rulfo, de Salvador Elizondo, una generación que ya no eran los escritores de la Revolución; igual pasó en poesía con Octavio Paz. También había cambios en la música pues ya empezaban con la dodecafonía; en la danza nacía la moderna, con influencia de Kuningan y José Limón. Todo fue diferente, y lo fue por dos razones: básicamente porque el arte siempre corresponde a su sociedad y la sociedad mexicana había cambiado, ya no era el rancho. En el cine terminaba la época de oro del cine mexicano



Manuel Felguérez: gráfica y esculturas en el CENART, noviembre de 2011

con *Allá en el rancho grande* y los pleitos de cantina y el tequila, nació un nuevo cine. Toda la generación estaba muy conectada también por el tamaño de la ciudad, vivíamos más o menos por los mismos rumbos: la Juárez, la Condesa, la Cuauhtémoc, y todo desembocaba en Reforma, que nos llevaba al Centro que era la Universidad con todas las Facultades, con todos los cafés. Nos movíamos en la misma área y para colmo teníamos intereses comunes en el arte.

*Como artista participativo le tocó también el Movimiento Estudiantil del 68. ¿De entonces a ahora cómo siente que ha cambiado el país?*

Ahora está peor, hemos ido para atrás. Toda la generación fuimos muy entusiastas en la creencia de que íbamos a transformar al país, pensábamos que lo íbamos a cambiar para bien, y la culminación de esa generación fue el 68, digamos el momento en que mejor íbamos. En la pintura participamos en el movimiento cada quien en la medida de sus circunstancias; me tocó estar en un grupo que llamamos Comité de Lucha de Intelectuales, allí el más importante era José Revueltas. Mi área eran las artes plásticas y se nos ocurrió hacer un mural alrededor de la escultura de Miguel Alemán, que ya había sido agredida, estaba decapitada en ese momento, y antes de la huelga le habían puesto unas bardas de lámina, que

medían como veintitantos metros de alto, para protegerla. Con ello salió la idea de hacer un mural colectivo, y comenzamos a correr la voz de que cualquier pintor a cualquier hora del día o la noche podía llegar y pintar un pedacito, sin ningún orden. Un día nos cayó el ejército; las láminas en que pintamos ahora serían un tesorito histórico pero desaparecieron para siempre, y al movimiento lo acabaron.

*Esa generación a la que usted perteneció tenía caminos muy distintos entre unos y otros, y sobre todo la consigna de escapar de todo nacionalismo...*

Sí, porque ya nuestro centro no era el mexicanismo, por llamarlo así, y todo mundo huía del folclor, era una búsqueda con toda intención. Una de las características de los pintores era que si la Escuela Mexicana reconocía como su tradición el arte prehispánico, nosotros también lo reconocíamos pero lo sumábamos a la historia del arte de Grecia, Roma o Egipto junto con los mayas; éramos universalistas por llamarlo de alguna manera. La escuela mexicana pretendió ser una ruta única, nosotros buscamos la ruta individual, que es la conciencia del pluralismo. No tenías que pertenecer, sino ser bueno en lo que hacías, eso era lo importante. Eran la modernidad, el pluralismo y la universalidad; buscábamos esas tres circunstancias que es



© Rogelio Cullinar

lo mismo que los políticos buscan cuando hablan del gobierno que quieren hacer.

*Pero los artistas sí lo lograron.*

Sí, los políticos siguen en la búsqueda, quieren que el país sea muy plural, con nuevas leyes, globalizado.

*¿Y qué le parece en este momento el país?*

El país está horrible; es evidente que es un mal momento en el sentido que lo veas. Pero a pesar de que tiene tantos problemas y la violencia y demás, creo que no afecta a la creatividad, muchas veces los grandes momentos artísticos han coincidido con las situaciones más horribles de cada lugar.

*En su generación había escritores tan distintos como Ibarregüengoitia o Elizondo, ¿quiénes fueron sus favoritos?*

Te diría que muchos; me encanta Octavio Paz, que hizo el texto para una de mis exposiciones, y a quien le gustaba mucho el arte y tiene un libro completísimo sobre el tema. Me gusta releerlo. Luego, en novela, mi máximo fue *Pedro Páramo*, lo he releído hace poco y me volvió a encantar, es fabuloso. Ibarregüengoitia es divertidísimo y sus libros tienen un humor muy personal, porque no era así en la vida real, era muy serio platicando. Desde luego me gusta Juan García Ponce también por la cercanía que tuve con él. Cuando salió *La región más transparente* de Fuentes fue un libro obligado para todos; igual me encantaba *Revueltas*. Elizondo también me gustaba, pero para él su pintor cercano fue Gironella, incluso hacía cierto tipo de ilustración que tenía que ver con Elizondo.

*Y si usted tuviera que identificar su obra con un escritor, ¿a quien escogería?*

No, no me identificaría con un novelista, me identificaría más con un poeta, y sería más con Paz que con Sabines.

*Le tocó un México del siglo XX y ahora le toca ver el XXI. ¿Cómo ve a México en este momento?*

En el plan artístico, la mayoría de los que surgimos a la mitad del siglo XX, y que en ese momento destacamos, pues seguimos destacando. Es cierto que si éramos cien, ya se murieron cincuenta o sesenta, cada vez somos menos. Yo ya me considero un sobreviviente. Además, mis conceptos artísticos pertenecen a la segunda mitad del siglo XX. Al siglo XXI llego físicamente, pero ya soy de los que, aunque le entré a la tecnología al principio y en los setenta hice investigación de mis obras en computadora, cada vez me quedo más atrás y no puedo seguir el ritmo. Quiero decir que sí me considero haber tenido una acción protagonista en el siglo XX, pero ahora me siento un espectador de las nuevas generaciones.

Y como espectador del siglo XXI me quedo en las mismas, porque siempre me dieron mucho horror los viejos que quieren parecer jóvenes, como en *La muerte en Venecia*. Siempre me molestaron algunos pintores viejos que querían pintar como nosotros y les salía horrible. Me parece un error quererme hacer el joven y querer hacer lo que se está haciendo ahora, porque le tengo espanto a eso, como le tendría horror a pintarme el pelo y a hacerme la liposucción.

*Su paso por el arte ha sido un ir y venir constante en la creación...*

Digamos que hay artistas que terminan como empiezan y que buscan dentro de lo mismo la perfección. Otros hacen siempre lo mismo no buscando lo mismo, sino por impotencia se acomodan con lo que ya les salió; a esos los llamo artesanos de sí mismos, porque dejan de inventar. Para mí desde un principio el concepto de que el arte es creación me fue importante. Cada vez que voy a empezar una obra pienso qué debe tener; es una aventura en la que debo encontrar nuevas posibilidades, y eso me ha llevado a un cambiadero constante. Para colmo me doy en dos artes, porque lo mismo hago escultura que pintura; empecé como escultor, muy pronto empecé a pintar; y toda mi vida he trabajado en las dos, que para mí son altamente diferentes y tienen musas distintas. Por eso nunca trabajo simultáneamente en las dos: si me pongo a hacer escultura tengo que parar de pintar.

*¿Y qué tan seguido va a su museo en Zacatecas?*

Tengo que ir mucho porque hay un departamento para pintores invitados; sin embargo, cuando voy prefiero quedarme en un hotel porque no tengo que comprar el desayuno. Tiene un taller de grabado muy importante, y todo el grabado que hago lo trabajo allí.

*¿Cómo está su salud?*

Igual que te hablo de muchos de mi generación que se han muerto, hay muchos que se han acabado porque es muy fácil acabarte mentalmente, te da una embolia y ¿de qué sirve que estés vivo? El chiste de estar vivo es seguir prácticamente haciendo la misma vida que hacías. Yo sigo pintando, haciendo grandes obras, aceptando exposiciones, viajando, tomando tequila, fumando pipa, todo como si nada. Esperando que el médico me diga: ¡eso ya no! Por suerte no lo ha hecho.

Digamos que mi salud está bien, con pequeños achaques como todo mundo; he tenido artrosis y otras cosas que he logrado superar y allí voy.

*¿Sigue tomando tequila y whisky?*

Tequila al mediodía, y whisky en la noche. El whisky no te quita el sueño y el tequila te despabila. Lo que no tomo nunca de noche es vino, porque me duerme.